Alfonso Reyes y sus Amigos Escritores Franceses

Alfonso Reyes era en el alma un *coleccionista.*

Y la colección que le gustó más reunir fue la colección de sonrisas y de amistades. Pero, coleccionar amistades es particularmente difícil. Además, hay que escoger bien. Entre el gran número de escritores franceses con quien trató don Alfonso, antes de venir a Francia y, sobre todo, cuando vivió entre nosotros, supo amistarse con "escritores muy escogidos".

En realidad, conoció a toda la "élite" francesa de su tiempo, entre los poetas, escritores, universitarios. En este conjunto, se pueden incluir también los nombres de Bergson, Jean Sarrailh, Paul Hazard, Jean Cassou, Mathilde Pomés, Adrienne Monnier, Henri de Montherlant, Marcelle Auclair...

Quisiera evocar, por ahora, las figuras de tres escritores: *Valery Larbaud, Jules Supervielle, Jules Romains,* los cuales se destacan netamente entre las amistades del coleccionista don Alfonso.

VALERY LARBAUD. Ya, en España, durante los años de la primera guerra mundial, tenía Alfonso Reyes muy buenas razones de desear conocer a Valery Larbaud. Justo antes de la guèrra, había publicado Larbaud un libro bastante extraordinario, titulado *Barnabooth*, un cuento, un diario íntimo y versos.

En *Barnabooth,* los espíritus avisados como don Alfonso veían ya uno de los primeros libros de nuestro tiempo, un libro mundial, por su anticipación y su maestría. Nos introduce Larbaud en las intimidades de

un inolvidable millonario, vagabundo e idealista, verdadero don Quijote moderno. Este Barnabooth junta en sí todas las grandezas y baratijas humanas, viene a ser una verdadera síntesis del hombre moderno: Barnabooth es hijo de yanquis, pero nacido en Arequipa, criado en Rusia, educado en cinco lenguas diferentes, y lector de todas las literaturas; de modo que se halla privado de patria definitiva. Se siente compatriota de todos. Y finalmente, este diario íntimo llama a la amistad sencilla entre los pueblos modernos. Ya que los descubrimientos modernos reducen el tiempo y el espacio, todos los hombres tienen que conocerse mejor y amarse más. En cuanto a los versos de *Barnabooth,* eran muy nuevos, musicales sin elocuencia con una sonrisa humorística a la manera de Jules Laforgue, este escritor franco-uruguayo también muy leído por Alfonso Reyes. Estos versos cantaban la poesía del viaje, de los grandes trenes de lujo, de las noches en los barcos trasatlánticos.

Pero quizá, más que el inmenso *Barnabooth*, otra obra de Larbaud había llamado la atención de don Alfonso: era una finísima novela titulada *Fermina Márquez*, porque el héroe principal es, precisamente, *regiomontano.* La novela, en parte autobiográfica, es el relato poético de la vida de un colegio de los alrededores de París. En un colegio semejante había vivido Larbaud parte de su juventud. Entre los muchachos, hay bastantes hispanoamericanos, venidos aquí para terminar su educación. Larbaud analiza con acierto la psicología de los americanos, su acento heróico al pronunciar "Nosotros los americanos", y sabe caracterizar perfectamente los orígenes peruanos, ecuatorianos o mexicanos de los pensionistas. Y un buen día, se abre la puerta del colegio, pasa al patio de recreo una hermosa colombiana, Fermina Márquez, hermana de un joven alumno. Naturalmente todos en seguida, se enamoran de ella. Y entre los que intentan hablarle, se

destaca, por su audacia, su elegancia, precisamente, un muchacho regiomontano, Santos Iturria. Dice Larbaud que era hijo de un general, y también que este general había sido ministro de guerra. Excusado es decir hasta qué punto esta magnífica figura regiomontana interesó a don Alfonso: parecía salir realmente de su familia. Dice textualmente Larbaud:

> "... en él, en Santos Iturria, de Monterrey, no había nada absolutamente de un vulgar y grosero advenedizo americano, de un 'gachupín' ... él... dominaba por la fuerza y la palabra a nuestro reducido grupo.
> ... Me dijo él que a su padre le habían hecho ministro de guerra allí en su país, en México. No me extraña: eran gente distinguida aquellos Iturria, y de una inteligencia... Hombres así necesitaríamos hoy en Francia".

Debo decir que, ni Larbaud, ni Reyes, aún en su epistolario, se han explicado claramente sobre quién había podido ser el modelo de Santos Iturria. Tengo mis ideas a este respecto, pero confieso que no son nada más que hipótesis.

En España, en 1914, Alfonso Reyes se hizo muy amigo del escritor español Enrique Díez-Canedo, el cual se hallaba ya relacionado con Larbaud, y hasta había publicado una hermosa traducción de *Fermina Márquez.* Además, Larbaud era conocido por sus traducciones del inglés, especialmente de Chesterton. Reyes también se interesaba por este novelista británico. En Madrid, publicó la traducción de varias novelas de Chesterton.

De modo que, impulsado por tantas coincidencias, Alfonso Reyes, en 1923, se decidió a escribir a Larbaud. Este contestó con la mayor atención y, poco tiempo después, se fue a Madrid para leer unas conferencias en el *Instituto francés.* Así, pudieron encontrarse personalmente los dos escritores, así empezó una amistad que duraría hasta la muerte.

Larbaud celebró con una fiesta la llegada de don Alfonso como ministro de la legación mexicana en París, a fines del 24. En un artículo importante, explicó al público francés el sentido y la importancia de esta nominación:

> "La nación mexicana nos manda, para representarle oficialmente en París uno de sus jóvenes escritores más distinguidos, Alfonso Reyes — hermoso regalo que parece hacer, en esta entrada de año, a todos los literatos franceses, el país que tiene como emblema el águila, vencedor de la serpiente, y erguida en el nopal".

Las páginas de Larbaud contienen luego una frase que se hizo famosa entere los admiradores de Alfonso Reyes:

> "Indudablemente, un estudio metódico de las letras mexicanas de hoy tendrá que empezar por el estudio de la obra, ya considerable, de Alfonso Reyes..., obra de poeta, esencialmente, pero de erudito también. Alfonso Reyes se ha hecho el intérprete de la vida americana en Europa, y de la vida europea en América, y eso sin dejar jamás de ser específicamente mexicano".

Larbaud pensaba que la serie de *Simpatías y diferencias* contenía el examen del dominio hispanoamericano contemporáneo. *Visión de Anáhuac* era para él un verdadero poema mexicano, un "gran poema de colores, de hombres, de monumentos y riquezas amontonadas" y concluía su largo artículo de bienvenida ofreciendo flores al poeta, aludiendo a la importancia del tema de la flor en la lírica prehispánica.

Los dos escritores, Valery Larbaud y Alfonso Reyes, se vieron frecuentemente en París, por lo menos cuando estaba Valery, muy aficionado a los viajes. Gustaban de reunirse en mesas íntimas, con amigos de lengua española, o que sabían el español, como Jules Supervielle, Jean Casoou, Francis de Miomandre, y a veces con Miguel de Unamuno desterrado. Valery Larbaud era de una sencillez refinada y conocía los mejores templos de la gastronomía francesa. Don Alfonso se encantaba de estas noches de charla donde los recuerdos y proyectos literarios acompañaban a los mejores vinos y a las especialidades francesas. Los dos amigos solían cambiar sus libros; se presentaron mutuamente a sus conocidos. Don Alfonso regaló a Larbaud varios recuerdos mexicanos, un sarape de Saltillo explicándole cómo

> "El sarape viene a ser jorongo,
> abriéndole bocamanga"

Larbaud saboreaba los americanismos y los refranes, y todas las precisiones sobre la vida americana, y particularmente regiomontana, en recuerdo de su héroe, Santos Iturria.

Me encontré, en la Biblioteca Municipal de Vichy, con los libros de arte mexicano, ofrecidos a Larbaud por Alfonso Reyes. El escritor francés les había hecho encuadernar con pieles de los colores de la bandera mexicana.

Por amistad, don Alfonso se dejó contaminar por el microbio de una colección de soldados de plomo, por la que se apasionaba Larbaud. Reyes pudo proporcionar a su amigo muchos informes para la pintura de los mínimos detalles en los uniformes mexicanos. De modo que la misma colección de diminutas figuras se encuentran en Vichy y en México. Recientemente, en una exposición dedicada a Valery Larbaud, en la Biblioteca Nacional de París, noté un desfile de soldados con los uniformes de la Marina mexicana, pintados gracias a las indicaciones de Alfonso Reyes.

Don Alfonso puso en contacto a Larbaud con sus compatriotas Jaime Torres Bodet y José María González de Mendoza. Larbaud introdujo a Alfonso Reyes en las editoriales francesas, en la prestigiosa Gallimard. Así, por mediación de Larbaud, *Visión de Anáhuac*, en traducción francesa, se publicó en la célebre colección "une oeuvre, un portrait", "Una obra, un retrato".

Valery Larbaud lamentó la salida rápida de Reyes, en marzo de 1927. Pero siguieron intercambiando impresiones, en unas interesantes cartas. Don Alfonso, desde Buenos Aires y Río, pintaba la vida literaria de estas capitales. Larbaud recibió regularmente la revista *Monterrey:* en un número de su revista, Alfonso Reyes presentó la caricatura de Larbaud, hecha por Toño Salazar. Larbaud apreció mucho *El testimonio de Juan Peña:*

> "Gracias a su obra, he tenido por primera vez la experiencia del contacto con el indio mexicano, con el problema del indio. Sólo el verdadero escritor puede establecer este contacto. Unos libros enteros me hubieran dicho menos, a este respecto, que la descripción poética que V. hace, con sus recuerdos resucitados".

También quedaba encantado con *La Saeta,* "Admirable poema en prosa", que supo darle "una violenta nostalgia de España, llamar unos recuerdos tan intensos que resultaban casi dolorosos". Larbaud solía recitarse esta hermosura, saboreando las frases acompasadas de Reyes. Al terminar, se sentía abandonado en un silencio donde resonaban todavía las saetas surgidas por el texto musical.

Otro escrito de Reyes, *Discurso por Virgilio*, llamó la atención de Larbaud, el cual era un gran admirador de la cultura de la antigua Roma: el texto magnífico de Alfonso Reyes se proponía actualizar esta antigüedad, o sea aplicar al mundo moderno los versos y las ideas de la epopeya latina.

Valery Larbaud, siempre tan viajero, se encontraba en Roma, en 1929, cuando recibió de don Alfonso, como un regalo precioso y personal, un poema inédito, *Yerbas de Tarahumara*, grandioso en su sobriedad. Inmediatamente, Larbaud tuvo la idea de traducirlo al francés. El poema, dice, perfumaba sus días, con la fragancia de estas yerbas. Era esta traducción un ejercicio verdaderamente difícil, y don Valerio tuvo que encerrarse en las bibliotecas vaticanas, ayudándose de todos los diccionarios para proponer una traducción de los nombres de esas yerbas. Su traducción se publicó rápidamente en una revista muy lujosa de París, *Commerce*. Reyes recibió el texto francés de su poema con mucha curiosidad. A pesar de algunos tropiezos técnicos, Larbaud le reveló el sentido de ciertos nombres de yerba mexicana, que él empleaba sin darse cuenta cabal de su etimología. Así descubrió que la *Sangre de grado* significa en realidad *sangre de drago*, o sea de dragón.

El hermoso carteo, lo interrumpió el accidente cerebral que dejó a Larbaud paralizado en 1935. Sin embargo, tuvo la fuerza de dictar, años después, una última carta destinada a Reyes para darle el permiso de publicar sus cartas. Le decía la alegría que le causaba este proyecto de don Alfonso..., proyecto que sólo se pudo llevar a cabo en 1972.

JULES ROMAINS. Jules Romains era muy diferente, oriundo de las ásperas regiones del centro de Francia. Era un luchador vigoroso. Su obra poética marca una fecha en la historia de las letras francesas; sus comedias, como *Knock*, son célebres y escribió un número impresionante de novelas inmensas.

Yo fuí a visitarle. Este hombre frío, oyendo el nombre de Alfonso Reyes, me abrió su puerta y sus recuerdos. ¡Su amistad para don Alfonso databa de tantos años! Remontaba a los tiempos madrileños, cuando Alfonso Reyes y Martín Luiz Guzmán inventaban en Madrid la crítica cinematográfica en lengua española. En un artículo para la revista madrileña *España*, comentaron un *cuento* muy divertido que Jules Romains acababa de dar al cine. Este cuento se llamaba *Donogoo - Tonka*. Era la historia de un sabio profesor francés candidato a un sillón en la Academia; pero, desgraciadamente, se había equivocado en un detalle en una enorme *Geografía universal* que acababa de publicar: había localizado en Brasil una ciudad que no existía, Donogoo-Tonka. Siempre los francese, hasta los más eruditos, han tenido dificultades con la geografía, especialmente con la geografía de la América latina... no importa, dijeron unos amigos suyos. Tenemos que ir a Brasil para fundar tal ciudad. Y se van a América, y después de mucho andar, un buen día, se pararon en medio de un imaginado desierto brasileño, hincando un palo en el suelo con un letrero que decía: Donogoo-Tonka. Así fundaron esta ciudad, así se borró el error del profesor, y éste pudo ser elegido sin dificultad a la Academia. Se termina el cuento por la apoteosis de un banquete opíparo y muy francés.

Jules Romains quiso conocer al excelente crítico de su obra, en Madrid. Se encontraron otra vez en París, en 1923. Alfonso Reyes contó cómo esos primeros diálogos fueron difíciles; fumaban pipas recalcitrantes que no querían encender o se apagaban a las pocas fumadas. Pero los conocedores saben que el fuego tardo y díscolo es el que a la postre prende mejor. "De entonces acá, decía, nuestras pipas arden parejas, como dos pequeños fanales que se contestan".

Cuando Reyes fue nombrado ministro en París, Jules Romains le convidó a su casa y al estreno de sus comedias. Se encontraban en la librería de Adrienne Monnier, la *Casa de los amigos de los libros,* —tienda divina—, la cual era entonces el mejor salón literario. Jules Romains y su esposa Gabriela fueron los convidados de Alfonso Reyes, en el agradable comedor del hotelito de la calle Cortambert. Don Alfonso les reunía con el mexicano Angel Zárraga, pintor y poeta, y gran admirador de Jules Romains.

Pienso que hubo influencias recíprocas entre las obras de Reyes y de Romains. *El testimonio de Juan Peña* se acuerda quizá de una obra célebre de la juventud de Romains, *Les copains,* "Los amigos". En cambio, en algunos tomos de *Los hombres de buena voluntad,* de Jules Romains, creo percibir el recuerdo del *Landrú Opereta* de Alfonso Reyes, en la interpretación humorística del célebre criminal francés.

En 1936, Jules Romains, con otros escritores franceses, como George Duhamel, Jules Supervielle, Benjamín Crémieux, se fue a Buenos Aires donde se organizaban dos congresos: el del *Pen-Club,* de cuya asociación Jules Romains fue presidente internacional, y otro del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, emanación de la Sociedad de las Naciones, y preludio a la Unesco. En estas reuniones, en Buenos Aires, hubo discusiones difíciles sobre el porvenir de la cultura en el mundo. Todos presentían la inminencia de la guerra.

Durante el segundo conflicto mundial, Jules Romains y su esposa Lisa se refugiaron en México. Don Alfonso y doña Manuela hicieron lo posible para aliviar su exilio. Así pudo el maestro francés acabar su obra, en el Distrito Federal, escribiendo los siete últimos tomos de los *Hombres de buena voluntad.* Jules Romains escribió también en México un cuento admirable, *Nomentano el refugiado.* La obra iba dedicada a

Alfonso Reyes, el cual la tradujo al español. Este cuento se pasa en los primeros siglos del cristianismo, en un ambiente todavía clásico y transparente. Las órdenes no se habían organizado aún. Un sacerdote, gran figura serena, tiene que refugiarse a otro convento. Su filosofía puede parecer epicúrea, matizada de un escepticismo sonriente: asombra a todos los monjes, ya atraídos por una regla estricta. Nomentano había inventado la filosofía de Montaigne, que fue la de Jules Romains, y, quizá, la del mismo Alfonso Reyes. Mejor valía asentir a las exigencias del cuerpo, sin darles mucha importancia; si no, el cuerpo pudiera venir a tiranizarnos. La superioridad de un espíritu, según el humorista Jules Romains, se revelaba en esta aceptación de la humana condición.

Terminada la guerra, Jules Romains decidió volverse a Francia. Alfonso Reyes reunió entonces a los mejores escritores mexicanos alrededor del maestro francés para celebrarlo en un banquete. Don Alfonso leyó en esta ocasión unos comentarios sobre Jules Romains que figuran entre los mejores que se dedicaron a su obra.

Quisiera terminar la evocación de esta amistad, traduciendo las líneas que Jules Romains mandó para el *Libro Jubilar* de Alfonso Reyes:

> "Mensaje de Jules Romains
>
> Cuando trato de representarme, con los colores familiares de la vida, lo que era un gran humanista del siglo XVI, son la imagen, la mirada, la voz, la sonrisa, la risa de Alfonso Reyes las que, progresivamente, me aparecen. Del gran humanista, a la verdad, lo tiene todo: la erudición inmensa, el apetito infatigable de cuanto nutre al espíritu, la sutileza exquisita del estilo, este surtir continuo de las ideas; y lo que tiene más precio,

porque quedan pocos ejemplos, la libertad del pensamiento, en el sentido total de estas palabras. Vivimos rodeados, solicitados, sitiados por todas las clases de fanatismos. El diálogo con la mayoría de nuestros contemporáneos, aún ilustres, es inoperante, sin interés, porque sabemos de antemano lo que van a decirnos, o más bien lo que la máquina automática de su dogmatismo va a dejar caer".

Luego, alude Jules Romains a la vida de don Alfonso, en que todo se hallaba sometido al trabajo y al pensamiento. Ofrecía el francés su homenaje al "querido México", donde había recibido tantas amistades, las cuales suavizaron su destierro, permitiéndole, en un clima de benevolencia cotidiana la realización de la última parte de su obra principal. Y seguía:

"Por eso, algunas cenas o meriendas con Alfonso, Manuelita y mi esposa... seguidas por una charla filosófica, figuran entre los recuerdos de mi vida más deleitosos, y cuyo poder radiante se atenuó menos".

JULES SUPERVIELLE. El poeta Jules Supervielle era franco-uruguayo. Descendía de una familia francesa emigrada a Uruguay. El compartía su vida entre Francia y América, escribiendo en francés aunque sobre temas esencialmente americanos.

Julio y Alfonso se vieron por primera vez en París, en 1913, en las reuniones amistosas que organizaba el catedrático de español de la Sorbona, Ernest Matinenche. Este se había entusiasmado por la América Latina desde 1910, año en que había viajado por la Argentina, Chile y México. Hizo mucho para desarrollar las relaciones culturales entre Francia y las repúblicas del Nuevo Mundo.

Pero la verdadera amistad nació entre Jules Supervielle y Alfonso Reyes cuando éste vino a París para encargarse de la legación de México. Ya *Los dos caminos* de Reyes habían encantado a Supervielle. En París, se veían diariamente. Doña Manuela era muy amiga de Pilar, la esposa uruguaya de Julio. Alfonso Reyes y su esposa acogieron varias veces en su casa a la pareja Supervielle, junto con escritores célebres: Benjamín Crémieux, Jean Cassou, Marcelle Auclair, León Pacheco y, pronto, José Vasconcelos. Supervielle convidaba a sus amigos mexicanos en su casa muy hermosa y adornada con cuadros de los mejores pintores. Supervielle, rico pero cardíaco, llevaba una existencia muy familiar, que respondía a sus preferencias y a las exigencias de su salud. Era hombre cortés, cariñoso, ameno; vivía entre sus libros y sus hijos, lejos del mundanal ruido, dedicándose a su obra de poeta y a unos amigos muy escogidos. Don Alfonso miraba, conmovido, a este gran poeta de la lengua francesa, rodeado de su familia —cinco hijos e hijas hermosos bajo la lámpara familiar—.

Les gustaba a Julio y a Alfonso pasearse juntos por los bulevares céntricos de París. Las calles más bellas vieron pasar a menudo sus siluetas tan desiguales, porque era Supervielle un hombre inmenso y como entorpecido por las dimensiones de sus brazos y piernas.

Contó Reyes cómo se sentaban en un bar de la rue Saint-Honoré y se leían recíprocamente los versos, escritos en muchos papelitos que llevaban en los bolsillos.

De aquella luminosa época de 1925, data el poema precioso que Supervielle dedicó a Alfonso Reyes en su libro *Gravitations*. Se trata de un poema largo y lleno de alusiones e impresiones marinas, cuando cruzaban el mar para ir o venir de América. A los dos poetas les encantaba soñar en el océano, imaginando la vida de

las aguas profundas, sus colores, las inmensidades de los suelos submarinos que quizá se parecían a la pampa.

Cuando se fue don Alfonso a París, Julio Supervielle le tradujo al francés el famoso poema que Reyes había dedicado a Amado Nervo, y en que evocaba el silencio y luego la muerte del gran poeta mexicano. La traducción de Supervielle, inmejorable, es sin duda la expresión de una admiración común por Amado Nervo, y quizá el testimonio de una concepción común de la muerte.

Los dos amigos se encontraron otras veces, en Montevideo, durante una visita que hizo don Alfonso Reyes a Uruguay, y luego en Río de Janeiro, cuando dirigía Reyes la embajada de México. Paseándose por las calles de Río, cambiaron unas reflexiones muy divertidas que don Alfonso apuntó en sus recuerdos. Paseaban serenamente en la rúa Paysandú, entre las más bellas del mundo porque está flanqueada por altas palmeras reales, y que baja directamente hasta la orilla del mar. A don Alfonso le parecía Julio como "una jirafa de la literatura, o una Torre Eiffel en marcha". Y Supervielle dejó caer de repente, desde su eminencia, esta exclamación: "¡Qué agradable es sentirse acariciar el rostro por las hojas de las palmeras". Desconcertado, don Alfonso le respondió:

— ¡Ay!, es un placer que me está vedado!

Y Supervielle, protector y afable, le dijo:

— Pero también ha de ser encantador sentirse acariciado por los helechos.

Alfonso Reyes mandó la anécdota a otro amigo de París, Francis de Miomandre, el cual la publicó en seguida en *Les Novelles littéraires,* revista muy leída.

Biblioteca Central
Magna Solidaridad

El epistolario que conservamos de esta amistad Reyes-Supervielle es muy incompleto. Desgraciadamente se perdieron las cartas de Reyes, o por lo menos, no se han encontrado todavía en los archivos familiares de los Supervielle. Pero, por lo menos, poseemos las cartas (21) de Supervielle dirigidas a Reyes. Este conjunto forma un elogio maravilloso de la obra alfonsina. Por ejemplo, el 11 de mayo de 1925, escribía Supervielle:

> "Gracias a Dios, quien hace bien las cosas cuando el hombre vale la pena, la parte del misterio parece en Ud. tan intensa como la claridad. Y siempre este relato inesperado, con atrevimientos tan bien trenzados juntos... Si miramos la carretera recorrida, vemos que V. ha sido el guía perfecto... Y esta sonrisa que crea y que fertiliza. El lector se aleja de V. con los bolsillos colmados de regalos. Y no todos se ven".

El 1o. de junio de 1925, Supervielle decía, acerca del *Cazador:*

> "Gran cuentista Ud. Y aprecio que en Ud. el poeta no se duerme jamás, hasta en los trozos que pudieran confiarse al prosista. Tres personas vigilan siempre en las obras de V.: el pensador, el amigo y el poeta, Ud. es el amigo más seguro para el lector, y siempre dispuesto a favorecer la mejor parte de nosotros".

El 1o. de septiembre del 26, Supervielle acaba de recibir *Pausa* y agradece así a don Alfonso:

> "*Pausa* se ha apoderado de mi memoria y ahora se divierte con ella. El poeta ya no se presenta aquí como en *Ifigenia cruel*, divinamente armado.

Ha dejado arrinconados la lanza, la coraza y el casco. Para las confesiones, parece inútil el acero. Una lluvia de flechas nos alcanza el corazón, para conmoverlo, ya no para herirlo. Estoy feliz de conocerle a Ud. humano, después de "deshumanizado"... Es Ud. un poeta magnífico. Uno se enorgullece de ser su amigo".

En diciembre de 1931, Supervielle recibe los casi sonetos, *La Saeta* y el *Discurso por Virgilio:*

"Puede hacer lo que quiera. V. es un escritor nacido para encantar a sus amigos y ganarse otros, cada día más. Todos los géneros le son familiares. Y las palabras hechas de resuellos aletean en torno a las sienes...

Sus libros son particularmente amistosos. En ellos reina la admirable complicidad del escritor y del lector, son libros de humanidad que sólo podían ser suyos, pero se atan al hombre por lo divino que hay en cada uno de nosotros, y que Ud. sabe suscitar o resucitar.

En fin, hay que leer las últimas líneas que mandaba Supervielle envejecido a su amigo mexicano muy enfermo:

"Le leo lentamente, otra vez, con voluptuosidad, en sus Obras Completas —lo mismo que Rubén Darío es V. un poeta maravillosamente sensual. Cada frase pasa por sus labios antes de pasar a su pluma omnisciente..."

Valery Larbaud, Jules Romains, Jules Supervielle... Escritores famosos, todos amigos y admiradores de Alfonso Reyes. Hubiera podido hablar de otros muchos, y en particular del gran Paul Valery... pero, hoy, no quiero abusar más de su paciencia. Muchas gracias.

INDICE

Nota previa 7
Alfonso Reyes y Francia 9
La imagen de Francia y de los franceses en los escritos de Alfonso Reyes 24
Alfonso Reyes y sus amigos escritores franceses 38